

Cuerpos de pensamiento: a propósito de los modelos en Trabajo Social

Bodies of thought: on models in social work

Miren Ariño Altuna¹

ORCID: 0000-0002-7613-7869

Ainhoa Berasaluze Correa²

ORCID: 0000-0002-6592-535X

Recepción: 08/02/20. Revisión: 03/03/20. Aceptación: 16/03/20

Para citar: Ariño Altuna, M., y Berasaluze Correa, A. (2020). Cuerpos de pensamiento: a propósito de los modelos en Trabajo Social. *Revista de Treball Social*, 218, 29-40. DOI: 10.32061/RTS2020.218.02

Resumen

Cuerpos de pensamiento, texto que trata de reflexionar sobre el pensar y actuar, pero de una forma viva y consciente desde el Trabajo Social; la necesidad de reconocimiento mutuo en el que participemos profesión y ciudadanía, lo que no es posible sin un encuentro entre teorías que guían nuestra praxis cotidiana y el saber popular.

Un texto que concede importancia a las formas de hablar y pensar y que trata de evidenciar que, si nos distanciamos del pensamiento *del común*, si despreciamos el saber popular, si no logramos dialogar y confrontar nuestras “creencias” y lógicas disciplinares y profesionales con las de la ciudadanía, nuestro idioma se convertirá en herramienta de dominación.

Como conclusión para tener en cuenta: nuestras colaboraciones son únicas e irrepetibles porque se construyen con las personas en *tiempo real*, historias cotidianas inmersas en la historia. Que no hay dos veces de un “lo mismo” en curso entre las que discernir. Al elegir un modelo, hemos de ser conscientes de que nos imponemos e imponemos una hegemonía ideológica, una forma de nombrar que, a veces, no es del todo comprensible, inventamos un idioma que puede estar ocultando un ejercicio de poder y marcando una distancia excesiva entre profesionales y ciudadanía.

1 Trabajadora social y doctora en psicología. Universidad del País Vasco UPV/EHU. Departamento de Sociología y Trabajo Social. Docente e investigadora. mirenedurne.arino@ehu.eus

2 Trabajadora social y doctora en sociología. Universidad del País Vasco UPV/EHU. Departamento de Sociología y Trabajo Social. Docente e investigadora. ainhoa.berasaluze@ehu.eus

Tal vez, solo nos quede respetar la palabra ajena; suponerle sujeto es *hacerle* persona, lo contrario, tomar personas y culturas como cosas, cuerpos sin pensamiento.

Que el idioma es el cuerpo del pensamiento. Un idioma construido en un *aparte* es sólo un fantasma.

Palabras clave: Teorías, modelos, poder, ideología, Trabajo Social.

Abstract

Bodies of thought is a text that seeks to reflect on thought and action, but in a living, conscious way from the perspective of social work: the need for mutual recognition in which profession and citizenship are part and parcel, and this cannot be achieved without common ground between theories underpinning our everyday practice and popular wisdom.

It is a text that lends importance to ways of speaking and thinking and which tries to demonstrate that if we distance ourselves from common thought, if we disregard popular wisdom, if we fail to engage in dialogue and address our “beliefs” and our disciplinary and professional sense of logic with respect to those of citizens, our language will become a tool for dominance.

By way of conclusion, it is important to bear in mind the following: our collaborations are unique and unrepeatable because they are forged with people in real time; they are everyday stories immersed in history. There are no two simultaneous occurrences of a single “same” to distinguish between. When choosing a model, we must be aware that we exert ourselves and impose an ideological hegemony, a form of designation that is sometimes not entirely understandable, we contrive a language that may be concealing an exercise of power and setting an excessive gap between professionals and citizens.

Perhaps all that remains is to respect the word of others. To subjectify is to humanise; otherwise, people and cultures are assumed to be things, bodies devoid of thought.

Language becomes the body of thought; language built on an aside is just a ghost.

Keywords: Theories, models, power, ideology, social work.

A modo de introducción: cuerpos de pensamiento o el pensar de un cuerpo

...Procurad, sobre todo, que no se os muera la lengua viva, que es el gran peligro de las aulas. De escribir no se hable por ahora. Eso vendrá más tarde. Porque no todo merece fijarse en el papel. Ni es conveniente que pueda decirse de vosotros: Muchas ñeñeces dicen; pero ¡qué bien las redactan! (Antonio Machado, 2006, p. 310).

Ni somos solo cuerpo, ni solo pensamientos, ni solo emoción, ni solo pasión, pero un pensamiento sin emociones agoniza, un pensar aséptico es un pensar amputado, solo una sombra fantasma de nuestro pensar vivo. Lo que exige cuidar nuestra lengua, cuidar las palabras, el pensar y el diálogo en gerundio.

Este texto pretende, por un lado, evidenciar algunos riesgos que tiene el hecho de “crearnos un mundo aparte”, un idioma especializado, un lugar de expertas o expertos en *lo común* para continuar explorando las bondades de un necesario encuentro entre teorías que guían nuestra praxis cotidiana y el saber popular, es decir, posibilitar un diálogo horizontal con la ciudadanía que posibilite la construcción participada de estrategias de mejora y cambio.

Hablar de modelos teóricos de algún modo es hablar de “hegemonías ideológicas” o paradigmas dominantes, de cosmovisión o de lentes con que miramos y entendemos el mundo y a nosotras y nosotros mismos. Las teorías o los modelos que elegimos o, en un descuido, nos eligen, tienen que ver con esas lentes con las que interrogamos, interpretamos y valoramos acciones y situaciones, visiones y audiciones, relaciones y maneras de vivir y convivir. Bien pudiéramos concebirlo, en nuestro ámbito disciplinar, como una clase de “mitología especial” (Akhutina, 2002): la científica con sus conceptos o metáforas más pertinentes.

¿Qué diferencia encontramos entre aceptar una lectura dada como *la buena, la correcta, la normativizada y dominante*, y otras más impertinentes y plurales o más de cada cual? Aunque no sean tan pertinentes.

El deseo de reconocernos en alguna cosmología queda patente en lo más sentido común: nuestra lengua. Por lo que como ya dijera F. Sánchez en 1581: “Las significaciones de las palabras parecen depender en mayor grado, o totalmente, del vulgo, y por eso hay que pedirselas a él, pues ¿quién sino el vulgo nos enseñó a hablar?” (1972, p. 59). Nuestro hablar cotidiano y también nuestro lenguaje técnico, con sus lugares comunes³ uno y sus supuestos conceptos el otro, están afectados y afectan nuestras prácticas personales y profesionales, mostrando una diversidad y plura-

3 Por *lugares comunes* se refiere por ejemplo Juan de Mairena, apócrifo de Antonio Machado, a aquellas “creencias últimas que tienen raíces muy hondas” y que son “nacidas de la duda constante”, de la duda poética, que es “duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte” (Machado, 2006, p. 25).

lidad necesitada de sentido de pertenencia y de cierta o incierta unidad: certidumbres y seguridades básicas con las que tenemos que vérnoslas cotidianamente y para lo que, como bien dice Machado:

Debemos estar muy prevenidos en favor y en contra de los lugares comunes. En favor, porque no conviene eliminarlos sin antes haberlos penetrado hasta el fondo, de modo que estemos plenamente convencidos de su vaciedad; en contra, porque, en efecto, nuestra misión es singularizarlos, ponerles el sello de nuestra individualidad, que es la manera de darles un nuevo impulso para que sigan rodando (2006, p. 151).

O, de nuevo, Francisco Sánchez:

Daba yo vueltas a los dichos de los antiguos [...]. Ciertas sombras de verdad confieso que me ofrecían algunos, mas no encontré a ninguno que manifestase con absoluta sinceridad lo que se ha de juzgar de las cosas. Así pues, retorné a mí mismo, y poniéndolo todo en duda como si nadie hubiera dicho nada jamás, empecé a examinar las cosas mismas, que es el verdadero modo de saber. Analizaba hasta alcanzar los principios últimos, haciendo de ello el inicio de la contemplación. Cuanto más pienso, más dudo, pues nada puedo abarcar perfectamente. Desespero, pero persisto (1972, p. 67).

Estas dos preciosas citas, la del poeta del pueblo, Antonio Machado, y la del filósofo Francisco Sánchez, pueden ayudarnos a persistir, a no dejar de dar vueltas a las palabras con las que nombramos y creemos asir el mundo al que pertenecemos.

Sabemos que existen respuestas o interpretaciones de primera y segunda clase, más o menos pertinentes, sólo nos queda una duda poética, una duda abierta: ¿puede existir una interpretación de la realidad que sea la mejor y más válida entre una pluralidad real? (Ariño, 2013).

De creencias, nociones y pre-nociones a discursos señalados científicamente

Podríamos versionar las palabras de los autores citados de la siguiente manera: no debemos abandonar creencias, ni nociones cotidianas sin antes haberlas rumiado a fondo, sin antes haber dado vueltas y vueltas hasta concluir que no contenían sentido alguno; o, por el contrario, si decidiéramos continuar con ellas, sería porque las hemos adoptado, actualizándolas con sello propio, producto de nuestro pensar reflexivo, logrando así un nuevo impulso particular a lo que fueran lugares comunes; o, en palabras de Emmanuel Lizcano (1999), “metáforas zombis” o “muertas” frente a “metáforas vivas”.

Aún reconociendo que las metáforas vivas, muertas o *zombis* son de ida y vuelta y que van del habla común al discurso científico o viceversa y que una dicotomía entre saber popular y saber especializado o científico es otra metáfora, nos preguntamos, “entre metáfora y metáfora, ¿cuál de ellas se presenta o señala a sí misma como modelo justificado por la inexpe-

riencia de los demás para enfrentarse a dilemas, a solas en su monólogo... ejemplo y metáfora *solo por vosotros* y vuestra provisional inferioridad para el concepto" (Ariño, 2012, p. 255).

¿Queda justificado de algún modo hablar en nombre de alguien o deberemos tener siempre presente esa "indignidad de hablar por otros" de la que nos habla Foucault (1988, p. 8)? ¿Son las metáforas especializadas mejores y más fecundas que las metáforas cotidianas?

Deslizándonos hacia nuestra acción profesional: para lograr cambios que sean realmente cambio deberemos provocarlo; abandonar *lo predecible*, incluso *lo pertinente*, para buscar no entre *lo posible* sino más bien entre imposibilidades o utopías. O en palabras de compañeras como Belén Parra, Silvia Lanitelli y José Antonio López, es en la "ruptura de la coherencia entre nuestras teorías y nuestro «encaje» con las realidades de las que somos parte donde se hace notable la insuficiencia de las fórmulas aprendidas con anterioridad" (2012, p. 296). O como en Bachelard, para quien una ruptura con el sentido común implica no solo pensar lo que hay que aprender, sino antes de nada, pensar lo que hay que desaprender, partir de la premisa de que "se conoce en contra de un conocimiento anterior" (1974, p. 18).

Tampoco podemos olvidar que todo conocimiento, incluso el científico, está poblado de lugares comunes, prejuicios, creencias que conforman una determinada comunidad. Ni podemos olvidar a T. Kuhn, quien definía "paradigma" como "una constelación completa de creencias, valores, técnicas, y así sucesivamente, compartidas por los miembros de una comunidad dada" (1971, p. 269), que filosóficamente hablando ofician como modelos para la solución de problemas que determinarán qué problemas y qué soluciones son considerados científicos y cuáles no.

Resumiendo, conocemos en contra de cuanto conocemos, desaprendiendo; conocemos rebuscando en nuestros lugares comunes, dando vueltas, dudando; conocemos, si es que conocemos, desde *lo sentido común*, porque "no debemos crearnos un mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor que sea estéril para los demás" (carta a Miguel de Unamuno (1904), en Machado, 1989, p. 1474).

"Estéril para los demás" puede ser ese pensamiento *homogeneizante* con validez acreditada, es decir, pertinente en situaciones de "normalidad": textos canónicos, adecuados al contexto, que proceden o que cuadran, son metáforas de una realidad marcada por la mirada del o de la científica; teorizaciones *autorizadas* por los pre-supuestos de su comunidad, es decir, avaladas por la forma científica de hablar. Una teoría o meta-teoría que a modo de guía explicativa haga coincidir los resultados o conclusiones a fuerza de situar los hechos en el tablero adecuado a ellos: es decir, el nuestro, el más pertinente, o dicho de otro modo, trasladar a hipótesis lo que fueran incertidumbres. Lo que para Lizcano (2006), y como crítica a la ideología científica, no sería sino la utilización del saber científico para ocultar maniobras de. Un forzar que se llama poder político y está ocupado.

De reciente estreno es nuestra entrada en el mundo universitario y deberemos estar prevenidas y prevenidos contra esa vacuidad de carrera a ninguna parte. Sin perder nuestro objetivo: contribuir en la mejora de las condiciones de vida y convivencia humana, buscar una justicia social real. Es decir, “que case razón y experiencia no como conveniencia o producción vacía de contenido –metarrelatos artificiosos pero útiles a «la carrera»–, sino producto de nuestra acción reflexiva y respetuosa con cuanto pudiera mostrarse como universal en la búsqueda de un mundo más justo” (Ariño y Berasaluze, 2012, p. 232). Si nuestra praxis tiene algún sentido, será aquel que alcance el respeto y reconocimiento de las personas con quienes colaboramos.

Y, nuestra duda: ¿existe una interpretación de la realidad que sea la mejor y más válida entre una pluralidad?

Esas interpretaciones pertinentes que versan sobre *los asuntos de*, sobre *las necesidades de*, y no desde ese “territorio singular” uno en concreto, el de cada día, porque sabemos que nuestras colaboraciones son únicas e irrepetibles porque se construyen con las personas en *tiempo real*, historias cotidianas inmersas en la historia. Que no hay dos veces de un “lo mismo” en curso entre las que discernir. Y porque sabemos y creemos que las necesidades o problemas no son *de*, sino que nos conciernen a todas y a todos: instituciones, profesionales y ciudadanía.

¿Cuerpo *del* pensamiento o pensamientos de un cuerpo, cada cuerpo?

Modelos en Trabajo Social: poder técnico o autoridad moral

No vamos a hacer un recuento ni una clasificación de los modelos en Trabajo Social, tan solo nos referiremos a ellos, a lo que son o pretenden ser y en cuanto que nos ofrecen diferentes miradas y proponen distintas interpretaciones de la realidad plural e inasible. Por lo tanto, cautela.

De momento, diremos con Teresa Zamanillo, maestra y amiga, que no creemos que existan treinta y dos modelos en Trabajo Social y que “en España solo hay referencias, que se conozcan, del modelo sistémico, escasísimas del psicoanalítico, y presumo que poco más” (2012, p. 155). Un “poco más” al que más adelante nos referiremos.

En cuanto al concepto mismo de modelo, existen numerosas definiciones: Malcom Payne afirma que los modelos⁴ “describen en general lo que sucede durante la actividad práctica y que, al ser aplicables de forma adecuada a un amplio muestrario de situaciones, extraen una serie de principios y pautas de actividad que le dan coherencia y uniformidad a la

4 Resume así los diferentes modelos: modelos psico-dinámicos, modelo de intervención en crisis, el Trabajo Social centrado en la tarea, modelos conductistas, modelo de sistemas y ecológicos, modelo socio-psicológico y de comunicación, modelos humanistas y existenciales, modelos cognitivos y enfoque radicales marxistas.

práctica” (1995, p. 80). Coherencia y uniformidad, ¿quién la necesita más?, ¿a quien empodera más?

Mathilde du Ranquet (1996) elabora una clasificación de modelos⁵ señalando la importancia de las teorías que los sustentan. María dal Pra Ponticelli (1999) los llama “esquemas de referencia”. José María Morán Carrillo (2006) se detiene en lo que para él son los tres grandes paradigmas en las ciencias sociales: funcionalismo, hermenéutica y conflictivismo. Por tanto, si atendemos a los paradigmas, estos, básicamente, son: positivismo objetivista, hermenéutico o interpretativo, y crítico o dialéctico. Cada uno de ellos favorece una mirada con sus variaciones; una matriz de conocimiento y por tanto diversas definiciones y finalidades, así como diferentes formas de acción. Si hiciéramos una revisión de los actuales modelos, podríamos ver cómo prácticamente todos ellos, o los más empleados, se inscriben en alguno de ellos.

El profesor Viscarret⁶ expone en su libro *Modelos y métodos de intervención en Trabajo Social* una serie de definiciones del concepto de modelo y que resume así: “puede considerarse **como una especie de** descripción o representación de la realidad (hechos, situaciones, fenómenos, procesos, estructuras y sistemas, entre otros), que, **por lo general**, está en función de unos supuestos teóricos o de una teoría” (2007, p. 64, la negrita es nuestra).

“Como una especie de” lo que sugiere cierta precaución a la hora de afirmar que lo es, es decir, que sea una descripción o representación de la realidad, así, más adelante añade, “por lo general”, lo que parece sugerir que los modelos no siempre están fundados en teorías y, esto añadimos: no siempre en la práctica o en la experiencia, lo que es aún más paradójico. Y si realmente es *como una especie y por lo general*, ¿por qué lo elevamos a categoría de ciencia?

Teresa Zamanillo recuerda que en las ciencias sociales hay científicos que objetan la utilización del término *modelo* “dado que la realidad social es tan dinámica e imprevisible que es difícil ajustarla a la idea de modelo y a las exigencias de su construcción” (2012, p. 156). En cuanto a la dificultad misma de *representar*, oigamos a Juan de Mairena: “A vosotros, que vais para poetas, artistas imaginadores, os invito a meditar sobre este tema. Porque también vosotros tendréis que habéroselas con presencias y ausencias, de ningún modo con copias, traducciones ni representaciones” (Machado, 2006, p. 83). Nos invita a imaginar, a pensar y a afrontar en cada momento lo presente o lo ausente, sin hacer prefiguraciones o moldes donde hacer encajar situaciones y personas a nuestro antojo, de ese modo más pertinente.

O en palabras de Foucault, al hablar con Deleuze sobre la “crisis de la representación”:

5 Modelo diagnóstico o psicosocial, modelo funcional, modelo centrado en la resolución del problema, modelo centrado en la modificación de la conducta, modelo de intervención en crisis, modelo centrado en la tarea, modelo familiar, modelo de socialización.

6 Modelo psicodinámico, modelo de modificación de la conducta, modelo de intervención en crisis, modelo centrado en la tarea, modelo humanista-existencial, modelo crítico-radical, modelo de la gestión de casos, modelo sistémico.

El papel del intelectual ya no consiste en colocarse “un poco adelante o al lado” para decir la verdad muda de todos; más bien consiste en luchar contra las formas de poder allí donde es a la vez su objeto e instrumento: en el orden del “saber”, de la “verdad”, de la “conciencia”, del “discurso”. Por ello, la teoría no expresará, no traducirá, una práctica, es una práctica, pero local y regional, como tú dices: no totalizadora.

A lo que Deleuze contesta:

Deleuze: [...] En mi opinión, tú has sido el primero en enseñarnos algo fundamental, tanto en tus libros como en el campo práctico: la indignidad de hablar por los otros. (Foucault, 1988, p. 8-11).

O lo que, dicho de otro modo, sería: evitar ponernos en el lugar de otra persona hasta el punto de que desaparezca o sea sustituida por nuestras prácticas, su vez y su voz por las nuestras.

El profesor Francis J. Turner, en su aportación al Congreso Internacional “Epistemología, teoría y modelos de intervención en Trabajo Social”, celebrado en 2012 en la Universidad de Deusto, afirmaba que “lo que tenemos es una gran variedad de teorías interesantes que nos proporcionan conocimientos y orientación” (2012, p. 212). En el mismo espacio, el profesor Nick Coady defendía un enfoque generalista-ecléctico como forma de “conceptualizar la práctica que empuja a la flexibilidad en la utilización de múltiples teorías, perspectivas e ideas, al tiempo que los valores y principios centrales de la profesión del Trabajo Social se sitúan en primera línea” (2012, p. 122). ¿Qué consecuencias podemos extraer de tales afirmaciones?

También, nuestra compañera Amaya Ituarte nos advierte que “la realidad psicosocial es demasiado amplia y compleja como para poder ser abordada desde una única teoría o paradigma” (2012, p. 201). Desde su mirada de pensadora crítica, Teresa Zamanillo (2012) nos invita a un pensar reflexivo que no olvide que nuestras elecciones parten de nuestra ideología.

Ahondar en nuestras raíces supone reflexionar y analizar nuestra praxis a la luz de qué referentes teóricos y prácticos y a la sombra de qué contextos políticos. Supone profundizar en los objetos, objetivos y metodologías de nuestra disciplina y profesión, así como en la “cuestión social”, entendiendo ésta como las múltiples manifestaciones de las desigualdades y situaciones de desventaja y vulneración de derechos humanos y sociales que nosotras concebimos como aspectos fundamentales del objeto de nuestra praxis colaborativa.

A modo de inconclusiones

Podemos afirmar que la diversidad, dinamismo y pluralidad de las realidades en las que trabajamos nos empuja a decidarnos, a elegir y a construir aquellas ideas y teorías que más nos ayuden a comprender y a llevar a cabo un Trabajo Social reflexivo y coherente que no olvide sus fines

y que tenga presente un diálogo constante en relaciones de horizontalidad y mutualidad con la ciudadanía. Que tales construcciones tienen como condición necesaria una praxis colaborativa, no tanto una intervención, es decir, sin participación no hay Trabajo Social y sin la conjunción de teoría y experiencia tampoco.

Si estudiáramos a fondo nuestras propuestas de acción, podríamos ser más conscientes de que cada opción teórico-práctica determina una óptica, con una luz diferente, de que no existen “prácticas neutras” (Howe, 1999). Ser conscientes del lugar o lugares desde donde actuamos para poder profundizar y repensar nuestros referentes, sin olvidar que todo será estéril sin ese diálogo constante con las personas con quienes colaboramos y sin un análisis crítico de las condiciones sociopolíticas que estructuran y mantienen las desigualdades en nuestra comunidad.

Al hablar de modelos, ¿de qué estamos hablando? ¿De estructuras representativas y guías de nuestro trabajo?; ¿de referentes plurales, teóricos, filosóficos y normativos que ordenan nuestro quehacer cotidiano?; ¿de formas de acercamiento a realidades plurales y vivas que compartimos con otras personas y que nos ayudan a superar visiones y encontrar explicaciones y maneras de responder y co-responder ante esos mundos?; ¿estamos hablando, dialogando desde y con nuestras experiencias, o por el contrario estamos creando un mundo aparte, pertinente en la academia e imprecendente en y de nuestras experiencias profesionales?

Por otra parte, entre los modelos empleados en nuestra disciplina, hay algunos que, si es que lo fueren, no serían productos de nuestro pensar reflexivo y participado sino más bien protocolos normativizados por nuestros sistemas públicos de protección social; modelos de gestión y distribución de los bienes públicos [cada vez más y más recortados], ratificados por nuestra legislación social vigente, que ejercent de agenda guía que a menudo constriñe nuestra acción profesional.

Si nos preguntásemos qué modelos tutelan el ejercicio profesional, fundamentalmente en las administraciones públicas, nuestra respuesta sería: un sistema de gestión de programas, servicios y prestaciones socioasistenciales que marca nuestra lectura, nuestro pensar sobre el sentido del Trabajo Social: cuáles son los objetos, o cómo definimos las necesidades o problemas psicosociales y sociopolíticos; cuáles los objetivos, demandas y respuestas; y cómo planificamos y evaluamos nuestras acciones. De modo que como afirma Esperanza Molleda: “en la medida en que no nos involucremos activamente en este trabajo teórico, tanto colectiva como individualmente, no podremos deshacernos de la desagradable sensación de ser, sobre todo, gestores de recursos” (2007, p. 141). Y otra duda más: ¿Cuando hablamos de modelos, hablamos de esto?

La crítica hacia este modelo, llamado “de gestión de casos” que acompañó al desarrollo del sistema de Servicios Sociales a partir de los años 80 en España y antes en el mundo anglosajón de donde proviene, y que el profesor Viscarret (2007) recoge en su obra, se centra en el estigma de control social y conservadurismo en su aplicación. Tal gestión es

observada como una intervención más preocupada por la economía y los recursos que por una acción social integral.

A lo que añadimos: el hecho de confundir este marco regulador con nuestros referentes teóricos y prácticos es imprudente e irreflexivo y nos lleva a una doble fusión o, mejor diríamos con-fusión: profesionales como gestores de la “cosa pública”, confundidos con el sistema y, población que, por toda demanda, prefiere “lo que hay o lo que le venden” en vez de lo que quiere o desea o realmente necesita. Así el círculo queda cerrado: del binomio necesidades-recursos al monomio recursos-recursos. Es así como el marketing funciona o, que, de tanto adiestramiento, al final parece *lo natural*.

Dicho todo lo anterior, tal vez solo nos quede atenernos a la literalidad de la palabra ajena; suponerle sujeto es *hacerle* persona, lo contrario, tomar personas y culturas como cosas, cuerpos sin pensamiento. Urge limitar nuestras versiones para dar lugar a otras versiones o interpretaciones, dar paso a un diálogo constructivo, a una praxis colaborativa. El límite solo puede ser autolimitación ética y la búsqueda sincera de participación en un presente, cada vez, una, cada voz, una. Que las personas nos brinden o no esa participación es algo que no puede ser asegurado de antemano. Se trata de reconocimiento mutuo.

Y, lo dicho: si nos distanciamos del pensamiento *del común*, si despreciamos el saber popular, si no logramos dialogar y confrontar nuestras “creencias” y lógicas con las de la ciudadanía, nuestro idioma, *el Trabajo Social es*, se convierte o pervierte en herramienta de dominación.

El idioma es el cuerpo del pensamiento. Un idioma construido en un *aparte* es solo un fantasma.

–[...] ¿a degradar a mi prójimo tan profunda y substancialmente que le arrebate el ser en sí para convertirlo en mera representación, en un puro fantasma mío?

–Y en un fantasma de mala sombra –se atrevió a observar el alumno más silencioso de la clase.

–¿Quién habla? –preguntó Mairena.

–Joaquín García, oyente.

–¡Ah! ¿Decía usted?..

–En un fantasma de mala sombra, capaz de pagarme en la misma moneda. Quiero decir que he de pensarlo como un fantasma mío que puede a su vez convertirme en un fantasma suyo.

–Muy bien, señor García –exclamó Mairena–; ha dado usted una definición un tanto gedeónica, pero exacta, del otro yo, dentro del *solus ipse*: un fantasma de mala sombra, realmente inquietante (Machado, 2006, p. 288).

Referencias bibliográficas

- Akhutina, T. (2002). L. S. Vigotsky y A. R. Luria: la formación de la neuropsicología. *Revista Española de Neuropsicología*, 4(2-3), 108-129.
- Ariño Altuna, M. (2012) Antonio Machado y Lev Vigotski. Ironía o crítica como instancias modernizadoras (Tesis doctoral, Universidad del País Vasco, San Sebastián). Recuperado de <https://addi.ehu.es/handle/10810/10713>
- Ariño Altuna, M. (2013). Gerundio o la impertinencia en las construcciones de trabajo social. En A. J. Olalde y I. López (coords.), *VI Jornada de Trabajo Social. Investigación y Trabajo Social: Dialogando desde la intervención (Vitoria-Gasteiz, 25 de abril de 2013)* (p. 93-105). Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Ariño Altuna, M., y Berasaluze Correa, A. (2012). El limbo de la Epistemología. En E. Sobremonte (coord.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención en trabajo social. Reflexión sobre la construcción disciplinar en España* (p. 229-236). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Bachelard, G. (1974). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Madrid: Siglo XXI.
- Coady, N. (2012). Un enfoque generalista-ecléctico para la práctica del Trabajo Social. En E. Sobremonte (coord.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención en trabajo social. Reflexión sobre la construcción disciplinar en España* (p. 99-126). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Du Ranquet, M. (1996). *Los modelos en trabajo social. Intervención con personas y familias*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1988). *Diálogos sobre el poder*. Barcelona: Alianza.
- Howe, D. (1999). *Dando sentido a la práctica*. Granada: Maristán.
- Ituarte, A. (2012). Una reflexión sobre los modelos de intervención de los trabajadores sociales desde la experiencia de la supervisión. En E. Sobremonte (coord.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención en trabajo social. Reflexión sobre la construcción disciplinar en España* (p. 191-204). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Lanitelli, S., Parra, B., y López Rodríguez, J. A. (2012). Reflexividad y epistemología en la enseñanza del grado en Trabajo Social. En E. Sobremonte (coord.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención*

- en trabajo social. Reflexión sobre la construcción disciplinar en España* (p. 229-237). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Lizcano E. (1999). La metáfora como analizador social. *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 2, 26-60.
- Lizcano, E. (2006). *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Machado Ruiz, A. (20045). *Juan de Mairena II*. Madrid: Cátedra.
- Machado Ruiz, A. (20066). *Juan de Mairena I*. Madrid: Cátedra.
- Machado Ruiz, A. (1989). *Prosas completas*. Madrid: Espasa-Calpe, Fundación Antonio Machado.
- Molleda, E. (2007). ¿Por qué decimos que “no podemos hacer intervención social”? *Cuadernos de Trabajo Social*, 20, 139-155.
- Morán Carrillo, J. M. (2006). *Epistemología, ciencia y paradigma en trabajo social*. Sevilla: Aconcagua Libros.
- Payne, M. (1995). *Teorías contemporáneas del trabajo social*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Pra Ponticelli, M. dal (1999). *Modelos teóricos del trabajo social*. Buenos Aires: Lumen.
- Sánchez, F. (1972). *Que nada se sabe*. Madrid. Austral.
- Turner, F. J. (2012). Modelos de intervención en trabajo social: una perspectiva internacional. En E. Sobremonte (coord.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención en trabajo social. Reflexión sobre la construcción disciplinar en España* (p. 205-217). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Viscarret, J. J. (2007). *Modelos y métodos de intervención en trabajo social*. Madrid: Alianza.
- Vazquez, O. (2012). ¿Necesita el trabajo social una epistemología? En E. Sobremonte (coord.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención en trabajo social. Reflexión sobre la construcción disciplinar en España* (p. 65-71). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Zamanillo, T. (2009). Invitación a un trabajo social reflexivo. En *XI Congreso Estatal de Trabajo Social: Trabajo Social, sentido y sentidos*. Zaragoza. Recuperado de http://www.colegiotstenerife.org/ficheros/File/Congreso-Zaragoza/01_Teresa_Zamanillo.pdf
- Zamanillo, T. (2012). Modelos de intervención en trabajo social. Criterios de selección para la praxis. En E. Sobremonte (coord.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención en trabajo social. Reflexión sobre la construcción disciplinar en España* (p. 154-174). Bilbao: Universidad de Deusto.